

Arrestado

Paula Herrera



Capítulo 1

SECCIÓN: Hoy el diario no hablaba de ti, ni de mi.

Arrestado en la Farmacia

SAN JUAN - La madrugada del domingo 14 de abril, un hombre irrumpió en la tradicional Farmacia Plana, y generó un incidente que no terminó en tragedia gracias a la intervención de la policía. Buscaba un medicamento que no existe: pastillas para olvidar.

Germán Palacios - el farmacéutico de turno que lo atendió - recuerda con cierta inquietud los detalles del suceso:

"Lo vi entrar ...sacado...con la camisa fuera del pantalón, estaba muy nervioso...muy alterado. Tenía ojeras que daban a entender que no había dormido bien. Le pregunté en qué podía ayudarlo. Y cuando me pidió pastillas para olvidar: me reí. Pensé que era una broma. Se alteró mucho más y sacó un arma. Me apuntó en la cabeza y después se apuntó en el pecho. Estaba completamente fuera de sí".

Atilio Alonso, de 46 años, trabaja como asesor del Fiscal de Primera Instancia, en el 4to. Juzgado en lo Civil, Comercial y Minería de la provincia de San Juan. Vive solo en un departamento céntrico. Y es reconocido entre sus pares por su afición de seducir y abandonar mujeres. Ninguna de las relaciones que tuvo en los últimos 15 años ha durado más de unos meses. Atormentado por el recuerdo de un amor del pasado, tuvo una crisis y recurrió a la farmacia con la esperanza de encontrar una cura al dolor de su alma. Lleva muchas noches sin poder dormir. Y cuando duerme: sueña con ella.

Los policías que llegaron a arrestarlo, después de que un llamado anónimo les avisara que estaban intentando asaltar la farmacia; no sabían si llevarlo a la Comisaría 1era de Avda. Alem y Rivadavia ó al Hospital Psiquiátrico de Zonda. Quedaron desconcertados al escuchar las declaraciones de Atilio y de Palacios.

"Lo único que quería era llamar la atención de la mujer. Podría haber recurrido a otro medio más lógico y pacífico. No hacía falta ir a la Farmacia a buscar un medicamento que él sabe muy bien que no venden. Ni en la Plana ni en ninguna otra farmacia del mundo. Puso en riesgo la vida de una persona. Dice que no tiene el teléfono fijo ni el número de celular de ella. Está bien. Pero sabe dónde vive. Podría haberla ido a buscar".

Comentó indignado Marcos Funes - el policía que estaba de guardia en la Peatonal - cuando aconteció el hecho.

La historia que generó el altercado que conmocionó a la provincia, se originó en el verano de 1996.

Atilio vivía en el 6to "A" del Edificio Talacasto de la esquina Tucumán y Rivadavia. Una siesta calurosa, se puso un pantalón corto de gimnasia, una remera amplia y las zapatillas Nike Air Max con cápsula. Salió a pasear a su perro.

Caminaba despreocupado por la peatonal vacía cuando una voz con olor a suspirar y unos labios nuevos como de primer beso, le interrumpieron los pasos.

Quedó inmóvil frente a la cabina telefónica ubicada a metros de su Edificio, mirando como una chica hablaba entusiasmada por teléfono. Le llamó la atención su belleza exótica. La manera italiana de mover las manos al hablar - a pesar de que su interlocutor no la estaba viendo- la expresión ingenua de su rostro, el aire y la frescura de su juventud incipiente. La pose de inalcanzable. Y una figura que debía despertar suspiros y piropos de los hombres que la veían pasar.

"Tiene que ser mía" - pensó - y la miró tan insistentemente que en un momento consiguió que la desconocida se fijara en él y le sonriera. Fueron instantes. Segundos. Los suficientes como para que mantuviera viva su esperanza de tener algo con ella.

Atilio era un estudiante crónico de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba. Había cumplido los 31 años en junio. Y ese verano se mudó al departamento de su madre, después de 15 meses de lidiar con la ausencia, el dolor y el recuerdo vívido de su mujer: Adriana. A quién había conocido siendo adolescente. Y a quién había perdido víctima de un cáncer terminal.

La siesta que Atilio conoció la sonrisa de Mariana, volvió a sentir ganas de seguir respirando. Especialmente cuando descubrió que el destino estaba a favor de su deseo. La joven cortó el teléfono, dio media vuelta, sacó las llaves del bolsillo y entró al Edificio Talacasto.

"Somos vecinos" - pensó - y se apuró por entrar con ella pero no llegó a tiempo. Vio que el ascensor se detuvo en el 2 piso y pasó toda la tarde imaginando futuros encuentros casuales. Hizo ejercicio con pesas. Fue a la perfumería y compró el Azzaro for men que usa desde entonces. Se afeitó dos veces, mientras ensayaba miradas y saludos seductores frente al espejo del baño. Escuchó canciones. Y bajó y subió en el ascensor en repetidas oportunidades, esperando encontrarla. No la encontró.

Mariana Barassi tenía sólo 16 años. Aunque aparentaba un poco más. Vivía con sus padres. Estudiaba en el Colegio más caro y más cheto de San Juan. Jugaba al tenis en el Lawn Tennis Club. Usaba ropa de marca, maquillajes y perfumes importados. Todos los viernes iba al pub Planeta Zero de la Avda. Libertador a tomar algo con sus amigos. Y después salía a bailar a Eclipse. Le encantaba escuchar música a todo volumen. Odiaba las clases de gimnasia. Coleccionaba osos de peluches. Y soñaba con ponerse de novia.

Para que su papá no la escuchara hablar con su amiga Micaela sobre los planes del fin de semana, Mariana bajó a hablar desde el teléfono público. En un momento de la charla, le llamó la atención el pantalón flour de un

hombre que sostenía la correa de un doberman enano color marrón. Entonces, lo miró.

"Hay que tener huevos para usar un pantalón así" - pensó - y sonrió. No le sonrió a él. Se ríe de su pantalón. Se ríe de lo que pensó. Ignorando completamente lo que su sonrisa generó en Atilio.

La historia de Atilio y Mariana fue -desde el comienzo - una historia que nació condenada a muerte. Son esas historias que no deben ser pero terminan siendo. Que pasan sin pasar pero que dejan huellas.

Siempre se encontraban en el ascensor. Él se ponía nervioso. Ella empezó a sentirse inquieta. No sabe en qué momento Atilio se quedó en sus pensamientos. Quizás fue la tarde que se enteró que había perdido a su mujer. Tal vez la conmovió la tragedia. O la mirada profunda, la sonrisa triste, la actitud extraña del hombre del 6to "A".

Una noche salió a comprar una Coca Cola para la cena y lo vio sentado en un banco de la peatonal. Notó que él se quedó mirándola. Cuando regresó, Atilio la esperaba inquieto en el hall de entrada del Edificio. Aparentó no encontrar las llaves que tenía en la mano. Esa noche tomaron juntos el ascensor y hablaron por primera vez.

Las charlas se hicieron cada vez más frecuentes y más largas. Empezaron a pasear juntos, adquirieron la costumbre de hablar por teléfono, de dedicarse canciones por la radio, de escribirse cartas, de viajar a Cauce y a Mendoza, para poder caminar tomados de la mano sin que los conocidos los miraran mal. Pero como ella era menor de edad, y él era un hombre muy correcto; no pasaron de los besos y las caricias.

"NO VOY A LLORAR MÁS. CUANDO TENGA SU EDAD ME VOY A DAR CUENTA QUE ES UN IMBÉCIL"

Escribió Mariana en la última hoja de su diario íntimo, la tarde que Atilio le dijo por teléfono "dejame vivir en paz". Un par de meses después ella se mudó a otro departamento en otro Edificio y dejaron de verse. Se encontraron casualmente en muchas oportunidades. En el centro, en el cine, en el banco, en la plaza. Pero no volvieron a hablarse. Ni siquiera a saludarse.

Atilio siguió con su vida. Conoció muchas mujeres. Pero jamás olvidó a Mariana. Cada vez que fracasa en cuestiones del corazón, emerge el recuerdo de aquel amor que no fue y la esperanza de que sea.

"No ha pasado un puto día en que no piense en ella" - dijo Atilio en la celda de la Comisaría 1era - donde fue arrestado por desorden en la vía pública, portación ilegal de arma de fuego y homicidio en grado de tentativa.

Mientras habla, suena en su Ipod la canción "Tantas Cosas" de Ismael Serrano en la parte que más le jode: "Ella crecerá, se casará y tendrá hijos y será la mujer responsable que todos quisieron que sea".

Y es que el tiempo pasó. Mariana dejó de ser menor de edad. Desapareció la razón que hizo que el amor que sentían fuera contrariado. Pero apareció otra razón: A fines de julio, Mariana Barassi hará su paso por el Registro Civil de la Capital y por la Iglesia Catedral donde contraerá matrimonio

con Miguel Ocampo.

El incidente cobró una magnitud mayor cuando Gabriela Gastaldi - inspectora de Salud Pública - conmovida por la desesperación que enajenó a Atilio, firmó la orden de clausura de la Farmacia Plana para auditar los prospectos de los medicamentos y verificar la inexistencia de algún fármaco que permita olvidar.

En la tarde del domingo que Atilio fue arrestado miles de oyentes de la LV1 Radio Colón llamaron para confesar de manera anónima que ellos también están hartos de estar hartos de querer y no poder olvidar a un amor que recuerdan con vehemencia.

A raíz de los acontecimientos, estudiantes de psicología de la Universidad Nacional de San Juan y residentes de psiquiatría del Hospital Mental El Zonda, conjuntamente con miembros del Colegio Bioquímico y Farmacéutico de San Juan; formaron una comisión especial llamada "T.U.P.O" (Todos Unidos por las Pastillas del Olvido). Están analizando el diario íntimo que Mariana escribió en su adolescencia, donde describe los hechos y sentimientos de su historia con Atilio. El objetivo es encontrar las causas y razones que generaron la fijación con que Atilio recuerda a Mariana. Investigan la posibilidad de incorporar una nueva definición en el Manual Diagnóstico de los Trastornos Mentales (DSI) para favorecer el tratamiento de los casos de amores inolvidables. Y por supuesto, la viabilidad científica y fáctica, de crear un medicamento que permitaolvidarlos.